

LEAH FLEMING

La chica
bajo el olivo

Título original: *The Girl Under the Olive Tree*
First published by Simon & Schuster UK Ltd, England

Primera edición: 2016

© Leah Fleming, 2013
© traducción: Lorenzo Luengo, 2016
© de esta edición: Bóveda, 2016
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-92-9
Depósito legal: SE. 7-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PARTE 1. <i>Partidas</i>	11
PARTE 2. <i>Creta</i>	167
PARTE 3. <i>Resistencia</i>	301
PARTE 4. <i>Traición</i>	403
PARTE 5. <i>La reunión</i>	509
Notas y reconocimientos de la autora	609
Algunas lecturas de interés	613

*Para Creta: isla de mis sueños y mis héroes.
Que tu prosperidad dure mucho tiempo.*

PARTE 1
PARTIDAS

«Creta no ofrece escapatoria para aquellos que han
caído bajo el embrujo del montañoso corazón de la isla
y de los corazones de la gente que allí habita».

Flores de Rethymnon
LEW LIND

CRETA, 1941

EL RUIDO DE ARTILLERÍA SEÑALÓ EL MOMENTO DE LA RETIRADA a las profundidades de la oscura caverna, el momento de pegar la espalda a cada recoveco, esperando que aquello no fuese más que otra falsa alarma. La mujer se apretó cuanto pudo a la húmeda roca de la pared mientras la descarga de los disparos se volvía más y más ensordecedora, y las balas rebotaban en las latas y botes de metal. De pronto, la débil luz procedente de la entrada se vio bloqueada por la carga de las tropas que gritaban: «Raus... raus...», abriéndose paso como sólo los conquistadores pueden hacerlo.

Echándose al suelo en un rápido movimiento, la mujer trató de ocultar su presencia, hacerse la muerta, mientras los soldados hacían salir a los camilleros y a los heridos para que formasen filas entre las rocas de afuera.

Cada segundo se le antojaba una hora, postrada como estaba entre las sombras, saboreando la arena salada, la gravilla y el hedor de la sangre reseca de sus labios, tratando de no temblar. Tenía la sensación de que sólo era cuestión de minutos que la encontrasen, así que no era el momento de flaquear. Sé inglesa, sé valiente... Oh, al cuerno con todas esas bobadas, pensó. Lo único

que sentía era una furia fría en el vientre. ¿Cómo iba a marcharse de allí, cuando todavía había tanto por hacer?

De improviso, un par de botas del desierto cubiertas de lodo aparecieron ante sus ojos, y una mano cubierta de cicatrices la levantó de un tirón. Esta era la prueba, el momento de la verdad, de desafiar el peligro. Si miraba al enemigo sin temor, su jugada, tal vez, podría funcionar...

STOKENCOURT HOUSE, GLOUCESTERSHIRE,
ABRIL, 2001

LA PESADILLA ME DESPERTÓ OTRA VEZ. PRIMERO LA PISTOLA que apuntaba a mi cabeza, después el agua que envolvía mi cuerpo, mis brazos palmeando entre las sábanas en busca de la ansiada superficie, los oídos a punto de explotar, los pulmones pugnando por una nueva bocanada de oxígeno, luchando contra los cuerpos que ya empezaban a hundirse, aferrándose a mí por arañar otros segundos de vida, pateando el aire, cansados ante tamaño esfuerzo, y mis ojos abriéndose de par en par entre el terror y la sorpresa. No era más que un sueño, pero mi corazón no cesaba de latir en mi pecho. Cada vez se hacía más difícil alcanzar la superficie. ¿A cuántos como este podré sobrevivir? No queda otra que levantarse y afrontar el día, decidí. Y entonces, llena de alivio, me di cuenta de que no estaba sola.

Descorriendo las doradas cortinas de damasco, me asomé a la ventana. El clima típico de los días de Pascua parecía decidido a concedernos una tregua, y un cálido sol de abril lanzaba sus destellos sobre las doradas piedras Cotswold, en el muro sur de Stokencourt House. Los narcisos estaban a punto



de marchitarse, pero había un atisbo de flores en los cerezos y en el aire flotaba el aroma de cuanto empezaba a nacer. Era el momento de dar un rápido paseo, todavía en camisón, por los herbosos lindes de la finca para ver lo que Oliver, nuestro joven jardinero, había dejado por hacer, dadas sus prisas por terminar la poda y salir al encuentro de su novia.

Me alegraba que Lois siguiese en la cama y permitiera que Alex se sentara ante el televisor, sin exigir que acudiese a entretenerla. Más tarde le ordené que saliese a correr alrededor del pequeño lago. Mi sobrina aún tenía ese aspecto pálido y descolorido que le subió al rostro tras el trauma de descubrir que su marido se había marchado de casa, y ansiaba un lugar en el que refugiarse. Para ser sinceros, me agradaba sobremedida su compañía durante las vacaciones. No es que las vacaciones sean mi época favorita: todos esos coches que bloquean la calzada, todos esos desconocidos que asoman desde el otro lado de los muros, dejando atrás restos de basura y excrementos de perro... Stokencourt siempre ha sido más acogedor cuando han resonado en sus intrincados pasillos y en las desgastadas losas de sus suelos los gritos de los niños, y nunca han resultado más placenteros sus mullidos alféizares que cuando encontraba en ellos los juguetes que Alex apilaba allí, cuando era poco más que un bebé. Los jóvenes crecen tan rápido hoy día...

Le gustaba llevarse a Trojan, el último de una noble estirpe de lanudos fox terriers, a sus paseos por el pueblo, donde nuestra familia ha vivido durante generaciones. Cuando Lois y Alex desaparecieran por la M4 en dirección a Londres, no tardaría en sentir el frío que siempre deja su ausencia.

No habían pasado más de dos horas cuando vi a través de los matorrales a Lois, saludando a duras penas la luz del día, y pude ver también a su madre, Athina, que a su edad

conserva la esbeltez de líneas y la estatura propias de las mujeres de la familia Georgiou, mujeres que han trabajado al aire libre y cuya piel olivácea y cabellos rubios parecen labrados por el mismo sol.

—¡Feliz cumpleaños, tía Pen!

Me detuve, sorprendida, y entonces lancé un suspiro:

—Gracias, pero a mi edad los cumpleaños están de más. Ya es bastante con levantarte por la mañana y ver que todavía respiras.

En silencio, me maldije a mí misma. ¿Por qué siempre tenía que parecer tan circunspecta y desagradecida?

—Sabía que dirías eso, pero es todo un cumpleaños. Odias que te lo recuerden, pero haces tanto por nosotros, permitiéndonos estar aquí. Desde que Adam se marchó...

Su voz se perdió en un murmullo, tan sumida estaba aún en el dolor del abandono.

—Querida, eres el único pariente vivo que tengo que no vive en el quinto pino. Que te tomes tantas molestias por una viejecita como yo es algo que nunca entenderé.

—No cambies de tema —sonrió Lois, manteniéndose firme—. Feliz cumpleaños con todo el amor de Alex y mío.

Sacó un sobre de su espalda y me lo colocó en la mano.

—¿Y esto qué es?

Eché mano de mis gafas de lectura, que llevaba en el delantal.

—Es una tarjeta y un folleto. Pensé que te gustaría venirte a pasar unos días con nosotros. He alquilado una villa en mayo, cuando Alex tenga las vacaciones del colegio.

Instintivamente, negué con la cabeza:

—Es una idea muy bonita, pero, definitivamente, no... Comer en el Royal Oak sería más que suficiente, si quieres recordarme lo viejísima que soy.

—Eso no es lo que haremos este año. Has sido como una madre para mí desde que mamá murió.

—Bueno, ¿y qué puede desear una vieja, si no es la compañía de los jóvenes? Eso es más que un regalo —repliqué. Y era verdad.

Me volví, y me arrodillé otra vez para proseguir con el irrefrenable impulso de limpiar los restos de basura dejados por el invierno:

—Estoy segura de que no te faltarán amigos con los que pasar las vacaciones. Alguien que pueda caminar a tu paso.

Lois no se dejó disuadir tan fácilmente y me puso el folleto ante los ojos:

—Míralo; ni siquiera sabes adónde te voy a llevar. La villa que he elegido está en la isla de Creta. Un tren de Eurostar nos llevará a París, y otro hasta Rímini y Ancona, y luego cruzaremos el Adriático en los ferris de la ANEK. Podemos parar en Atenas y llevar a Alex a que conozca la Acrópolis. Seguro que te encantará volver a visitar el Museo Arqueológico; por la noche podríamos seguir camino, del Pireo a Creta.

Al oír de nuevo el sonido de aquellas ciudades largo tiempo olvidadas mi corazón dio un vuelco en mi pecho: Italia, Grecia; no había vuelto allí desde la guerra.

—¿Y por qué crees que querría volver allí? —salté, desconcertada por las maquinaciones que Lois había hecho a mi espalda. Demasiado tiempo había vivido sola como para ser capaz de esconder mis emociones.

—Para enseñárnoslo a nosotros. Sé que ese lugar es para ti muy especial. ¿Por qué, si no, tendrías todos esos cuadros con olivares, montañas, esas alfombras y todos esos trozos de cerámica por la casa? Tienes que regresar allí y ponerte en paz contigo misma. Además, pensé que te gustaría acudir a la reu-

nión que celebra el sesenta aniversario. Seguro que habrá alguien a quien conozcas...

Nunca me han gustado las sorpresas:

—Ni por asomo... Por el amor de Dios, toda la gente que conocía ya debe estar muerta —dije, cortante, esperando que eso diese por terminada la discusión.

—Tonterías, y lo sabes. Esa época ha sido siempre como un libro cerrado: la abuela le contó a mamá que cuando volviste de la guerra fue como si aquello jamás hubiera sucedido, no le contaste nada a nadie de cuanto ocurrió allí... y por supuesto, no es mi intención cotillear. Simplemente, se me pasó por la cabeza que tal vez pudiera apetecerte presentar tus respetos, eso es todo... pero también puede bastarnos con pasar unas vacaciones bajo el sol de Creta.

—¿Cuándo me has visto a mí despatarrada al sol? Hará demasiado calor, y para alguien de mi edad eso cansa mucho —repliqué, eligiendo responder a lo último que había dicho.

Lois estaba preparada para echar abajo cada una de mis excusas.

—Pero qué dices, si estás más en forma que yo. Caminas con Trojan kilómetros y kilómetros. Y no vamos a estar tomando el sol todo el tiempo, la idea es ver paisajes aquí y allá. Me encantaría que me llevaras a ver el palacio de Cnosos. Dime, ¿quién mejor que tú para servirnos de guía? Las vacaciones son un poco una pesadilla, por lo menos para mí —suspiró—. Alex echa de menos a Adam, que está en Arabia Saudí. Le he conseguido un permiso para que deje el trimestre antes de tiempo y pueda asistir a ese homenaje, que va a ser histórico. Van a hacer la Segunda Guerra Mundial en la historia...

—Lo tienes todo muy bien atado, ¿verdad? —dije, mirando de reojo a mi sobrina-nieta, cuyos oscuros ojos resplandecían ahora con el brillo de las lágrimas. Me incorporé con

cuidado, esperando que mi cadera no me traicionase, sorprendida por su absurda idea. No es que pretendiera entristecerla, pero, aun después de todos los años que habían pasado, no estaba tan segura de que me encontrase preparada para regresar a Creta—. Querida, la verdad es que no sé si hacer esto a estas alturas de mi vida sería sensato.

—¿Y cuándo has sido tú sensata, tía Pen? La abuela solía decir que siempre hacías lo que se te metía en la cabeza, y sé que causaste un gran revuelo en la familia cuando te marchaste.

—Puede que fuera así, pero ha pasado mucho tiempo. Mira, si de verdad quieres que pasemos juntos las vacaciones, podríamos ir a Escocia, y hacer un pequeño viaje a la isla Fair. Pero ir hasta Creta... me temo que no.

—Pero Alex debería conocer algo del legado de los Georgiou —contraatacó Lois, antes de cambiar de táctica—. Nunca te tomé por una cobarde...

No pude por menos de reírme ante aquel ataque tan directo. Los jóvenes no se andan con tapujos, y en cualquier caso, Lois no dejaba de estar en lo cierto. Si al menos hubiera sabido lo que una edad tan avanzada causaba en los frágiles miembros que me sostenían, robándome toda confianza si me alejaba demasiado de mi casa... ¿qué no podía temer, si me decidía a revisar mi peligroso pasado?

—Nuestros antepasados griegos se remontan al siglo XIX. Mi madre se aseguró de que fuéramos tan ingleses como una taza de té. Tengo que pensar en ello. Por favor, no me presiones.

—Vale, tú hazlo y, ya que has mencionado el té, pondré una tetera a calentar. —Lois se apresuró a dirigirse hacia la puerta de la cocina—. ¿Desayunamos en el jardín?

—Sólo he dicho que lo pensaré... —exclamé—. Y también tenemos que pensar en Trojan.

Lois se detuvo para volverse hacia mí:

—Supongo que habrás oído hablar de las residencias caninas, y eso en caso de que tus amigos no puedan quedarse con él. Será sólo durante dos o tres semanas.

—*Si* me voy de vacaciones lo dejaré en un hotel para animales de compañía —dije.

Los oscuros ojos de Lois relampaguearon con el brillo del triunfo cuando señaló hacia la casita de madera que había en un rincón del jardín:

—Llevaré el desayuno a la cabaña.

Las piernas, entonces, me empezaron a temblar. Tuve que descansar en el viejo asiento que asomaba al lago, bajo el cedro que alargaba su sombra por el jardín. Desde allí podía ver Stokencourt Place, la antigua casa familiar de los Georgiou, justo al otro lado del lago, convertida ahora en un edificio de apartamentos de lujo. Todo cuanto quedaba de la finca era la pequeña casita anexa, que se alzaba en las proximidades del muro que daba término al pueblo. Yo era el último de los tres descendientes que quedaba con vida. Desde que decidí retirarme del mundo quince años atrás, este era mi hogar, demasiado grande, demasiado vacío, demasiado lleno de fantasmas. *Pero te verá partir*, decía una voz dentro de mí.

La buena de Lois poco sabía lo que su pequeña sorpresa estaba despertando en mí. Pero no podía decepcionarla. La madre de Lois, Athina, era muy joven cuando falleció, y ahora que Evadne, mi hermana, también había muerto, necesitaba apoyarse en alguien.

Alex también sufría. Los tres conformábamos el último vínculo con el clan George, y Lois me consideraba una especie de abuela. Era de lo más cruel negarle algo, y, con todo... ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para regresar a la isla, aunque hubiera pasado casi una vida entera desde entonces? ¿Cómo era

posible que hubieran transcurrido ya sesenta años desde aquella época turbulenta?

Incluso ahora, el mero hecho de pensar en ese lugar despierta en mí las más terribles memorias. Era, sin duda, el mejor y el peor de los tiempos: la crueldad salvaje, el sufrimiento, el hambre, y, con todo, fue también la mejor época de mi vida, una época marcada por el júbilo del peligro y la abrumadora bondad de los desconocidos. Sucedieron muchas cosas entonces que jamás podría compartir con nadie.

Lois llamaba a Alex para que dejase de ver la televisión, mientras empujaba un carrito de desayuno con tazas y vasos a través del jardín, aunque ni así consiguió quebrantar mi ensueño. ¿Por qué me latía así el corazón al pensar en regresar a la isla, por qué aquella inicial reluctancia se iba debilitando a cada minuto?

¿Por qué no compartir con ellos una parte de mi historia? ¿A quién más, si no, se lo puedo contar para que perdure? ¿Acaso queda alguien a quien le pueda hacer daño? Alguien debería saber lo que ocurrió realmente antes de que mis preciados secretos sean enterrados conmigo para siempre.

A mi edad, cada día era un regalo que no debía desperdiciar. Aunque me mostraba reacia a la idea de compartir una porción de mi pasado, algo en mí me decía que era el momento de echar fuera aquello que había estado pesando en mi corazón durante años. Los jóvenes tenían derecho a saber cómo fueron las cosas entonces. Tuvimos que enfrentarnos a una época terrible pero también la abrazamos y aceptamos, y descubrimos una parte de nosotros que de otro modo jamás hubiéramos conocido.

Chicos como Alex debían saber que la guerra no fue como un videojuego, todo explosiones y tiros a discreción. En realidad, fue un asunto repugnante y sangriento. Hombres y

mujeres dieron la vida para que él pudiera vivir sin miedo; y eso es algo que debería saber. Muchos de mis amigos no han vivido lo suficiente como para disfrutar del confortable retiro que yo sí he tenido. La batalla por la defensa de Creta es un episodio de la historia que el mundo ha olvidado; una simple página en libros ajados, cubiertos por el polvo del tiempo.

¿Cómo voy a volver allí, y enfrentarme a todos esos fantasmas, a todas las emociones que se encierran en esa isla sagrada? ¿Cómo puedo sobrevivir al recuerdo, a las pesadillas... al sueño?

¿No será, anciana chiquilla, que ha llegado la hora de dejarlos en libertad?, me espoleó una voz interior.

De modo que cogí el folleto y, lentamente, dirigí los pasos hacia la vieja cabaña de verano, entre cuyas sillas Lois me aguardaba.

Aquella noche él vino a mí de nuevo, el hombre de bronce de mis sueños, en el sombrío aspecto, ya apenas recordado, de su juventud. Llevaba una camisa negra, cruzada por una bandolera de cuero, un pantalón de montar y unas botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas, cubiertas de polvo. Atado a la frente llevaba un pañuelo de colores, y bailaba en sus labios ese acostumbrado gesto que siempre trocaba en una sonrisita sardónica. Su presencia parecía resplandecer en la niebla matutina, y de nuevo pude oler el romero y el tomillo de las veteadas rocas de las Montañas Blancas. Corrí hacia él con la pesadumbre del recuerdo, pero entonces su rostro cambió, y el estrépito de los disparos cayó como un manto sobre mis lamentos. El polvo y la arena parecieron espesarse, haciendo que cada vez me resultase más difícil verle. No podía alcanzarle... Y entonces desperté, con los ojos bañados por las lágrimas, y el

único sonido que podía oír era el de las ovejas llamando a sus carneros en el aire de la mañana, a través de la ventana abierta.

¿Quién me llamaba a mí para que regresara a la isla, para que regresara al aroma de la salvia y los limoneros, para que regresara a la inmensa noche del Mediterráneo? «¿No tiene cada amor su propio paisaje?», leí alguna vez, no sé dónde.

Pero no fue ahí donde todo empezó, oh, no, suspiré, dejándome caer otra vez sobre la almohada. Para que aquel viaje tuviera algún sentido debía emprender otro antes, a un paisaje situado muy al norte, ondulado por los ríos que descendían desde las montañas y macizos de brezo, y recordar aquella primera visión tan poco prometedora de lo que un día habría de ser...